



Colección **1**
Lenguaje y acción

El compromiso literario en la reflexión de lo político

Porfirio Cardona-Restrepo
Freddy Santamaría Velasco
Óscar Hincapié Grisales
Editores



Universitat
Konstanz



Red de cooperaci3n
"Nuevas perspectivas en teora de la cultura"



Sozialwissenschaftliches Archiv
Konstanz Alfred-Schutz-Gedachtnis-Archiv

801.3
C737

Cardona Restrepo, Porfirio, editor
El compromiso literario en la reflexión de lo político / editores Porfirio Cardona-Restrepo, Freddy Santamaría Velasco y Óscar Hincapié Grisales.
-- Medellín: UPB, 2018.
288 páginas, 16.5 x 23.5 cm.
ISBN: 978-958-764-623-8 / 978-958-764-624-5 (versión web)

1. Política y literatura – 2. Violencia y literatura – 3. Literatura – Aspectos sociopolíticos – I. Santamaría Velasco, Freddy, editor – II. Hincapié Grisales, Óscar, editor – III. Título

UPB-CO / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Porfirio Cardona-Restrepo
© Freddy Santamaría Velasco
© Óscar Hincapié Grisales
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

El compromiso literario en la reflexión de lo político

ISBN: 978-958-764-623-8
ISBN: 978-958-764-624-5 (versión web)
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-624-5>
Primera edición, 2018
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas
CIDI

Grupo de Investigación: Estudios Políticos. *Línea:* Teoría política. *Proyecto:* Discurso y prácticas políticas en el marco del pluralismo democrático. *Radicado:* 955B-12/17-36

Grupo de Investigación: Lengua y Cultura de la Escuela de Educación y Pedagogía. *Proyecto:* Didáctica de las lenguas clásicas: aprendizaje y enseñanza en la formación universitaria. *Radicado:* 137C-05/18-42.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Luis Fernando Álvarez Jaramillo

Director Facultad de Ciencias Políticas: Porfirio Cardona Restrepo

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Milena Gómez Correa

Corrección de Estilo: Santiago Gallego

Dirección Editorial

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2018
Correo electrónico: editorial@upb.edu.co
www.upb.edu.co
Telefax: (57) (4) 354 4565
A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1758-17-09-18

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

La fuerza del lenguaje en la construcción social de la realidad: la idea de lo individual y lo colectivo a partir de Fernando Soto Aparicio

DORA A. RAMÍREZ-VALLEJO¹

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA - COLOMBIA

EDGAR JAVIER GARZÓN-PASCAGAZA²

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE COLOMBIA - COLOMBIA

Parece imposible tener estructuras institucionales como el dinero, el matrimonio, los gobiernos, la propiedad, las fiestas y la guerra sin que haya alguna forma de lenguaje, porque en cierto sentido las palabras u otros símbolos son parcialmente constitutivos de los hechos.

(John Searle, 1997, p. 75).

-
- 1 Magíster en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Comunicadora Social-Periodista, con estudios en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Docente de la Universidad Pontificia Bolivariana en la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades. Miembro de la Asociación Colombiana de Investigadores en Comunicación (ACICOM). Líneas de investigación: narrativas, discursos y lenguajes, semiótica y comunicación, y pragmática y comunicación. Correo electrónico: dora.ramirez@upb.edu.co
 - 2 Profesional y Licenciado en Filosofía, Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria y estudiante de Doctorado en Educación en la Universidad Santo Tomás, sede Bogotá. Profesor titular y editor del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia. Áreas de investigación: filosofía política, educación política, lenguaje, literatura y sociedad. Correo electrónico: ejarzon@ucatolica.edu.co

Introducción³

El ejercicio de reflexionar sobre la construcción social de la realidad debe remitir, necesariamente, a la concepción de lenguaje y de sociedad. Sin embargo, pensar esta relación del hombre con su entorno muchas veces resulta problemático. En otras palabras, nos hallamos ante un cuello de botella porque la discusión desborda los límites de lo sencillo y se traslada de inmediato al campo de la complejidad que incluye una categorización. Esta categorización exige una mirada de buceo para comprender lo que no es tan evidente pero que garantiza un acercamiento —por somero que sea— al *modus operandi* de esa relación entre el hombre y la manera en que construye la realidad.

Con el ánimo de realizar este viaje, se plantea considerar algunas referencias a las obras del escritor Fernando Soto Aparicio. Su lectura de la realidad colombiana deja entrever la idea de lo individual y lo colectivo en la construcción social de la realidad; “fue y seguirá siendo el escritor social y humano que supo plasmar como pocos la historia de su tiempo, crítico siempre frente a la corrupción, la violencia y cualquier forma de injusticia” (Soto, Escobar y Pinzón, 2017, p. 137). Por ejemplo, sus textos *La rebelión de las ratas*, *La cuerda loca*, *El espejo sombrío*, *Hermano hombre*, *La agonía de una flor* y *Los hijos del viento*, entre otros, demuestran su preocupación por la realidad, por las prácticas, por las instituciones, por las actitudes, es decir, por todo aquello que construye y conforma la sociedad.

La representación social como un producto colectivo y su manifestación individual

Las implicaciones a las que está sometido el ser humano en la relación con su entorno se hallan mediatizadas por el conjunto de representaciones por las que se conforma el mundo instituido de significaciones sociales. A su vez, estas significaciones sociales conforman el sistema cultural de una sociedad o,

3 Los autores agradecen los comentarios y las sugerencias de la profesora Angélica María Rodríguez Ortiz.

mejor, su estructura simbólica, que se compone de todas las manifestaciones técnicas, morales, artísticas y mitológicas en torno a las cuales una sociedad se estructura y en cuya organización se hace manifiesto el “nosotros” generador de identidad. Al respecto, Beriain (1990), en referencia a Durkheim, afirma:

Ninguna sociedad existe sin definir unos límites simbólicos que configuran la experiencia y la comprensión del mundo —entre la esfera de lo sagrado y lo profano—, tampoco existe la sociedad que no defina los límites normativos entre el Bien y el Mal, ni existe sociedad que no disponga de respuestas reales —rationales o imaginarias— ideológicas a las preguntas sobre la muerte, el amor o la tragedia; ni tampoco existe sociedad que no despliegue una serie de categorías cognitivas —espacio, tiempo, verdad, etc.— que hagan posible las representaciones sociales (p. 27).

En otras palabras, cuando nacemos nos encontramos con creencias exteriores a nosotros; es decir, estamos frente a una sociedad formada con una previa estructura, “[s]omos entonces juguetes de una ilusión que nos hace creer que hemos elaborado nosotros mismos lo que se nos impone desde afuera” (Durkheim, 2001, p. 42). Por eso, la conducta y el pensamiento son exteriores a nosotros.

A su vez, desde la teoría de la sociedad, Durkheim plantea dos términos que serán asumidos como sinónimos: “conciencia colectiva” y “representaciones colectivas”, que hacen referencia a la estructura simbólica de las sociedades simples y a los universos simbólicos que componen la estructura simbólica. Una primera manifestación de esta estructura se consolida a partir del deber, el cual se hace presente por medio de la norma que regula los comportamientos, al presentar la diferencia entre lo permitido y lo prohibido bajo la premisa de la obediencia.

Precisamente, en este espacio se concede el reconocimiento a la externalidad de las representaciones sociales, que se hacen manifiestas con total independencia de la individualidad de quienes componen un grupo humano. Una manifestación propia de las representaciones será la intersubjetividad, que se erige en la memoria colectiva, en la apropiación y en el “otro generalizado”, también conocido como la institucionalidad, que es regulado por los efectos que produce la práctica de la solidaridad y la aplicación de la moralidad; junto con los demás elementos constitutivos del

grupo humano confluyen en el consenso, en el cual las conciencias vibran al unísono. Sin embargo, la individualidad y la libertad apenas tendrán reflejo en cuanto a la elección se refiere, pero son acordes con el desarrollo de la moralidad o del progreso moral. En el desarrollo de la reflexibilidad moral se haría posible observar una posible identidad del yo personal o individual, pero en condiciones de una realización marcada por la intersubjetividad comunicativa y compartida.

En *La cuerda loca* (1985), el maestro Fernando Soto Aparicio propone una dinámica muy particular en torno a la paz. En una ciudad llena de tantas maravillas como París se revelará la fórmula para resolver, de una vez y para siempre, el problema del conflicto y de la guerra. La alta expectativa que se despierta agita toda una serie de posibilidades que hacen convulsionar a la ciudad luz. Y en medio de una multitud atenta y expectante, dos amantes de bandos contrarios, con ilusiones y proyectos distintos, se debaten entre el cumplimiento de los deberes pactados y los sueños que palpitan en su interior.

Ante el posicionamiento del consenso como expresión de la colectividad a una sola voz, aparece el discurso que legitima la primera comprensión del mundo con pretensiones de ciencia, cosmología y filosofía. Se muestra como primer discurso acerca de lo social, con forma de representación colectiva, puesto que el reconocimiento y la constitución de lo sagrado corresponden en gran medida al “acto fundacional de la sociedad”, ya que “la constitución de la esfera de lo sagrado equivale a la constitución de la institución de la sociedad como realidad moral trascendente, la cual es objetivada, cristalizada en un cosmos de significaciones sociales” (Beriaín, 1990, pp. 34-35).

Con la aparición de la religión como primer discurso que manifiesta lo sagrado-social, también aparecen los símbolos como expresión de lo normativo y los ritos que pondrán de manifiesto la movilización de los actores sociales en prácticas colectivas de carácter significativo. Estos discursos religiosos se dan a partir del uso del lenguaje, que a su vez constituye las instituciones sociales a partir de la preferencia de diferentes actos de habla que contienen una intención colectiva. En palabras de Searle (2001), “hablar un lenguaje es participar en una forma de conducta gobernada por reglas” (p. 27). Esto quiere decir que así como el lenguaje es una conducta gobernada por reglas, de igual forma es acción, debido a que decir es hacer. En este caso, con el lenguaje construimos instituciones sociales, reguladas por las normas y las reglas que crea el lenguaje para orientar a la colectividad de

cada institución; hay una relación plena y amplia entre lenguaje y realidad. Al respecto, Searle (2005) en su texto “¿Qué es un acto de habla?” menciona las reglas regulativas y las reglas constitutivas⁴ que crean, regulan y constituyen la conducta, esto es, la realidad:

Algunas reglas, por otra parte, no regulan meramente, sino que crean o definen nuevas formas de conducta. Las reglas de fútbol, por ejemplo, no regulan meramente el juego del fútbol, sino que, por así decirlo, crean la posibilidad de, o definen, esa actividad. La actividad de jugar al fútbol se constituye actuando de acuerdo con esas reglas; el fútbol no tiene existencia aparte de esas reglas (p. 433).

En Searle se encuentra la concepción del lenguaje como fuerza performativa⁵, que define nuevas formas de conducta en la realidad; una realidad con reglas y con una “ontología colosal e invisible” (Searle, 1997, p. 23). Por eso, para ver la realidad se tendría que comprender el modo en que los hablantes y los oyentes, en un contexto comunicativo, usan el lenguaje en ciertos juegos del lenguaje, con base a las reglas presentes.

Así se da la apropiación de normatividades que tienen el carácter de una alteridad generalizada, que se vislumbra en la institución social y que se ratifica en la relación entre lo moral y lo social; la sociedad es el conjunto de instituciones sociales. Lo anterior es así por medio de un carácter social o impersonal que pretende asegurar, antes que nada, el bien común por encima del bien particular⁶ (del bien que salvaguarde el bienestar de un determinado individuo o grupo). En este orden de ideas, una acción moral se ratifica

4 Continúa Searle con su explicación de estas reglas: las regulativas corresponden a una actividad preexistente, totalmente independiente de la existencia de reglas; en algunos casos son imperativos. Mientras que las constitutivas regulan una actividad, dependen de las reglas y se desprende más directrices de comportamiento a partir de estas. Ver más en Searle (2005, pp. 433-434).

5 Ahora bien, la idea de la fuerza performativa la trabaja mucho más a fondo su antecesor, John Austin. La teoría de los actos de habla de Searle se consolida mucho más en un carácter ilocutivo, más que perlocutivo.

6 En la concepción estructuralista de Marx y Durkheim se antepone el bien común al individual. En el trabajo de Searle no se antepone el uno sobre el otro, dado que el bien común es pensado por la colectividad, desde la intencionalidad colectiva. Esto quiere decir que hay un nosotros colectivo con un contrato implícito.

en lo social solo si contiene a lo social que se manifiesta por sentimientos altruistas por encima de sentimientos egoístas⁷. Por último, la moralidad se ratifica en las acciones si es prescrita y está de acuerdo tanto con los ideales como con los valores de la sociedad.

A propósito, Fernando Soto Aparicio, en su obra *La agonía de una flor* (2010), propone una historia alrededor de las minas antipersonales: a su protagonista nadie se atreve a curarla, quizá por el estado en que se encuentra o bien porque los despojos de su cuerpo recuerdan la miseria que todos pueden identificar, pero que nadie quiere asumir y transformar. Y así, ante el despojo y el dolor, solo el recuerdo de un poema enseñado por una religiosa es el único aliciente para esta infante que padece el abandono y el desprecio⁸.

Este ejemplo, desde la narrativa de Soto Aparicio, se muestra en el respeto y el desprecio, dos actitudes que se expresan públicamente y que involucran sentimientos privados que se tienen hacia los demás (Harré, 1982). Nadie cura a la protagonista porque no hace parte de su ritual; por el contrario, se la desprecia por su estado de salud y debido a lo que refleja: “Gran parte del otorgamiento de respeto y desprecio públicos está ritualizado y es independiente del sentimiento” (p. 40). El respeto y el desprecio son formas simbólicas que hacen parte del ritual y las prácticas a las que pertenecen los seres humanos en la sociedad.

De acuerdo con lo anterior, desde la primera manifestación de lo social que se hace expresa por medio de la religión, la concepción de lo individual queda relegada por los sentimientos del grupo social, bajo el carácter del bien común y de sentimientos altruistas. Aunque no parece existir una negación de la individualidad, su existencia depende de la generalidad del grupo social, en cuanto la comprensión de la moral y el carácter de autorreflexibilidad, autodeterminación, autonomía y autocrítica se hacen explícitos en la medida en que el individuo denota su pertenencia al grupo social. En otras palabras, la sociedad crece en la medida en que el individuo también lo hace: el proceso asume un carácter de correlatividad.

7 Los sentimientos en la moral, según Searle, son una cuestión de racionalidad. Ver más en Searle, J. (2001). *Rationality in Action*. Cambridge, MA, US: The MIT Press.

8 Vale la pena aclarar que en Durkheim y en Searle la moral es más una concepción racional que no está ligada a la religión y al sentimiento de culpa y castigo.

En la historia colombiana se recuerda un triste episodio que acotenció en 1997. Ante la insistencia de una petrolera, la familia indígena de la etnia u'wa amenazó con lanzarse desde el acantilado a manera de un suicidio colectivo con el fin de defender el territorio. Esta situación agitó la creatividad del escritor colombiano a partir de una lectura y comprensión de los hechos en *Los hijos del viento* (2003). En este relato, el autor considera la relación determinante de una familia con su entorno, el vínculo sagrado del ser humano con la tierra y la profanación que manos ajenas quieren imponer so pretexto de la figuración económica. Ante tal ofensa, surge una serie de liderazgos entre los que sobresale Llovizna Abril, una de las tantas figuras femeninas a las que ha dado vida el escritor, quien luego de una serie de dificultades, sacrificios, desprecios, riesgos y reconocimientos, asume el riesgo y ofrenda su vida para salvar el honor de su etnia y salvaguardar el territorio que designa para esta y otras tantas etnias el carácter de lo sagrado.

Este texto del escritor Fernando Soto evidencia, desde la postura del estructuralismo de Durkheim, a la sociedad como fuente y fin de la moralidad; a una comunidad ética ideal, fin en sí misma, en la que convergen las características de la conciencia colectiva, puesto que se manifiesta a través de perspectivas y actitudes del individuo que son idénticas a las mantenidas por los demás integrantes de la misma sociedad; y evidencia también una conciencia colectiva que invade y penetra con sentimientos y creencias la conciencia individual, y que erige al colectivo muy por encima del individuo con representaciones de un discurso religioso que supera el umbral de la discusión y en relación con objetos precisos.

Asimismo, en cuanto a las representaciones sociales, para ser admitidas por el consenso se requiere un grado de institucionalización por medio del cual se agrupa un saber llamado “saber social”, que se asume desde las prácticas de la religión para abrirse espacio por medio de la ritualización, la tipificación de categorías de pensamiento y la institucionalidad legítima de los procedimientos que correspondan y justifiquen la movilización y el compromiso.

Esto es así porque participar de una comunidad lingüística surge de la capacidad de participar en ciertas prácticas, de saber que un movimiento es o no válido en un contexto determinado, con el fin de comprender cómo hacer algo en el sentido de ser capaz de hacerlo: “Como criaturas gobernadas por normas, en contraste con criaturas que siguen reglas

puramente naturales, por actitudes normativas que mostramos, unas actitudes con las cuales expresamos que comprendemos o concebimos en la práctica nuestra conducta como gobernada por normas” (Brandom, 2005, p. 79). Las prácticas discursivas, como afirma Brandom, incorporan cosas reales. Lo implícito no es más que la introducción de prácticas como el arte, la religión, el amor, la amistad, la educación y la política; es decir, la cultura. En el lenguaje, en ese saber social, se encuentra lo que se ha introducido mediante las prácticas que se ejercen por ser miembros de una comunidad: acción y explicitación.

De igual importancia, el Estado como órgano de disciplina moral y la democracia como procedimiento o forma política por la cual la sociedad llega a la más pura conciencia de sí misma se asumen como formas de reconocimiento por medio de las cuales se ratifica que todas las sociedad engendran representaciones y significados que tienen que ver con la organización social, que determinan lo legítimo, lo permitido y lo censurable. En algunos casos, estas construcciones de significado históricas han sido arbitrarias y violentas, instauradas como dispositivos de poder para guiar cierto tipo de comportamiento; el poder se ejerce a través del discurso y de las prácticas. En esta perspectiva, el lenguaje se debe entender no solo como la mera enunciación de palabras, sino también como acto, tal como lo afirma Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*, y a su vez Austin (1990) cuando afirma: “decir algo es hacer algo” (p. 53).

Es así como el escritor boyacense nos propone la lectura de *El espejo sombrío* (2018). En esta novela, el autor expone un tema que refiere, de una y otra forma, apartes de la historia colombiana: la venganza. El protagonista de la historia, Alberto Franco, guarda un duro recuerdo que transformó y definió su vida para siempre: observar el asesinato de su padre a los 13 años. A partir de allí, su existencia se orienta hacia un solo objetivo: acabar con la vida de quien le arrebató a su padre. Migra a la gran ciudad, estudia derecho y tiene en sus manos dos posibilidades de las cuales solo una, para él, es válida: por un lado, la justicia concebida por vías de derecho, de la que él es herald, pero de la que sabe que no tendrá efectos por la dinámica del pueblo al que pertenece, y, por otro, la justicia por su propia mano, en la cual cree desde el mismo instante en que, en una zanja de lodo, observó cómo se fue apagando la vida de su progenitor por manos de su asesino.

Esta justicia propia, según su parecer, apagará el fuego que lo ha estado devorando desde el mismo instante de aquel suceso. De esta manera, los

presupuestos de Wittgenstein y de Austin se cumplen a cabalidad, porque “decir algo es hacer algo”. A su vez, la tesis de Brandom se encuentra presente debido a que, como sociedad, no hay una creencia en la institución del derecho, sino que se prefiere un tipo de castigo por mano propia en el que se tiene la certeza de la venganza.

Por consiguiente, aparte de la aparición de la norma, la especialización de tareas al interior del grupo humano crea el Estado y el poder que se desarrolla alrededor de las relaciones que mantienen unido al grupo en lo que se refiere a su pasado, a la norma, los intercambios y las distancias entre el Estado y la sociedad civil.

De esta manera, todo indica que en lo referente a las representaciones, la individualidad de los integrantes de cualquier grupo social se ve relevada por el concepto de grupo de acuerdo con el peso, la validez y la importancia que posea la realización de la comunidad. La individualidad sustenta la conformación de la masa, pero se debe ocultar en cuanto a las diferentes representaciones aceptadas por consenso que se manifiestan a la luz del bien común, de la alteridad, del cumplimiento y de la plena realización de la normatividad vigente.

En efecto, el desarrollo de las potencialidades de cada quien aporta al sostenimiento del grupo debido a que el individuo actúa a favor del pacto establecido y del bien común. Con esto se avanza como construcción de unidad grupal, como posibilidad de unicidad de conciencias que vibran al unísono, que sostienen la validez del nosotros por encima del yo, que favorecen la consecución de los intereses citados por el consenso y admitidos por la multitud. De esta forma se concibe la representación social y cómo se muestra la relación entre lo subjetivo y lo objetivo en el terreno de las representaciones y de la construcción social de la realidad.

El papel del sujeto en la construcción social de la realidad

Hasta el momento, para que sea posible una construcción social de la realidad se debe tener en cuenta que la individualidad se hace tangible y patente en la cotidianidad. Berger y Luckmann observan el papel del sujeto que, en

relación consigo mismo y con los demás, participa de la entidad que los autores determinan como “construcción social de la realidad”⁹.

Para el caso, tanto la realidad como el conocimiento son categorías que el sujeto maneja como expresión de su ubicación en un tiempo y en un espacio determinado, son particulares y muy específicas a cada quien. La realidad es “una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición” (Berger y Luckmann, 2003, p. 11). El conocimiento es “la certidumbre de que los fenómenos son reales y de que poseen características específicas” (p. 11). En otras palabras, es la conceptualización que se hace de los hechos.

Asimismo, para Searle la realidad se compone de hechos brutos y, por otro parte, hechos institucionales. Tanto la realidad como el conocimiento son captados por cada sujeto de manera particular y distinta. Un árbol puede motivar en alguien una obra de arte, un trabajo de carpintería o la preservación de los bosques. Esto significa que la captación de los hechos, inicialmente, es particular al individuo y que el conocimiento que de ellos logra aprender obedece al modo personal como son adaptadas las características específicas que diferencian a un objeto de los demás.

De esta manera, se da lugar a una sociología del conocimiento que tiene como cometido considerar el análisis de la construcción social de la realidad, pero es innegable que la sociología del conocimiento deriva de Marx, en el sentido de que la conciencia del hombre se halla determinada por su ser social (fuente discutida por falta de claridad en la determinación marxista) y por los conceptos de “infraestructura” y “superestructura”, entendidas estas categorías como actividad humana y el mundo producido que se deriva de dicha actividad, respectivamente.

9 Por el contrario, desde otra perspectiva, el filósofo estadounidense Searle, con poca atención en el trabajo que los sociólogos Durkheim, Weber, Simmel, Marx, Berger y Luchmann habían realizado, escribió el libro *La construcción de la realidad social*. En este texto, Searle diferencia entre los hechos institucionales y los hechos brutos. Los primeros necesitan instituciones humanas para funcionar, como es el caso del dinero, el matrimonio y el derecho, entre otros. En cambio, los segundos hechos no necesitan instituciones humanas: “Evidentemente, para poder enunciar un hecho bruto necesitamos la institución del lenguaje, pero el hecho enunciado debe ser distinguido del enunciado mismo” (Searle, 1997, p. 21).

La realidad de la vida cotidiana, en primer lugar, “se presenta como una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo coherente” (Berger y Luckmann, 2003, p. 34). Es una realidad que construimos a partir de hechos que se producen por nuestras prácticas.

Soto Aparicio, en su obra *Hermano hombre* (2013), presenta un panorama sobre el desencanto por la vida. Su protagonista, un hombre dedicado a la enseñanza de música, con un hogar ideal y una vida admirable, experimenta que su existencia requiere otra lectura, requiere una exploración de otros horizontes. En aras de explorar, todo en su quehacer y en su ser cambia y las convenciones sociales establecidas por lo religioso, lo social, lo político y lo cultural son puestas en cuestión. Orientado por un nuevo sentir, Marino Altamar camina airoso hacia una serie de acontecimientos que le darán un giro determinante a la vida que hasta el presente lo conducía.

Por consiguiente, la conciencia del hombre estará determinada por el horizonte de lo pragmático, por su posibilidad de atender su lugar en el mundo, lo que significa su actuar en el pasado, en el presente y en el futuro. Esta dimensión obedece a la captación individual del mundo propio por excelencia, o a la realidad cotidiana que se presenta como un mundo que se comparte con los demás y que se hace manifiesto porque se sabe que el universo de la vida cotidiana contiene el carácter de realidad que es identificable tanto para los otros como para uno mismo: “no puedo existir en la vida cotidiana sin interactuar y comunicarme continuamente con otros” (Berger y Luckmann, 2003, p. 38). Participamos con los otros en la interacción. Comunicación y aprendizaje son garantía de esta participación social que se da en la vida diaria.

El ámbito de la vida cotidiana se hace manifiesto y se establece de esta manera como realidad. Por otro lado, el acontecimiento, en particular de la conciencia de la propia muerte, hace que se develen los límites de esta realidad, aunque este evento no implica que la realidad deje de existir ante el final individual de cada uno.

La conciencia de la propia muerte demuestra que la realidad existía antes de que el individuo naciera (y de hecho seguirá existiendo luego de que desaparezca). Esto hace explícito que la vida es “un episodio en el curso externamente artificial del tiempo” (Berger y Luckmann, 2003, p. 43). La realidad continúa independientemente de los dolores, las aflicciones o las

felicidades propias. Por esta razón, cada individuo apenas cuenta con una determinada cantidad de tiempo para desarrollar los proyectos personales.

Sin embargo, este conocimiento del final de la existencia particular afecta la actitud hacia el desarrollo de estos proyectos. Dicha problemática identifica con claridad el ejercicio de intrasubjetividad que ha de desarrollar el individuo al momento de asumir su existencia y su lugar en el mundo.

De forma similar, Searle (2004) lo explica de la siguiente forma en su texto *Mente, lenguaje y sociedad*:

- Existe un mundo real que existe independientemente de nosotros, independientemente de nuestras experiencias, nuestros pensamientos, nuestro lenguaje.
- Tenemos acceso perceptivo directo a ese mundo a través de nuestros sentidos, especialmente el tacto y la visión.
- Usualmente, las palabras de nuestro lenguaje, palabras como conejo o árbol, tienen significados razonablemente claros. Debido a sus significados, pueden utilizarse para referirse a y hablar sobre objetos reales del mundo.
- Nuestras proposiciones son típicamente verdaderas o falsas dependiendo de si se corresponden a como son las cosas, es decir, a los hechos del mundo.
- La causación es una relación real entre objetos y acontecimientos del mundo, una relación por la que un fenómeno, la causa, causa otro, el efecto (pp. 20-21).

Veamos ahora cómo se ubica el individuo frente a la colectividad y cómo se da ese encuentro con los otros. En el campo de la intersubjetividad, que aparece en el terreno de la realidad o del mundo real, el verdadero encuentro que se da entre los hombres que lo habitan y lo reconocen se da cara a cara respecto al presente que se comparte, “la experiencia más importante que tengo de los otros se produce en la situación ‘cara a cara’, que es el prototipo de la interacción social y del que se derivan todos los demás casos” (Berger y Luckmann, 2003, p. 44) . En este encuentro se confronta el aquí y el ahora, pues se ubica en el terreno del intercambio entre la expresividad particular.

La realidad de este encuentro es mucho mas cercana y accesible que la pregunta por “lo que yo soy”, puesto que esta comprensión requiere detenerse,

romper la espontaneidad de la cotidiano y dirigir la mirada al interior: “esa reflexión sobre mí mismo es ocasionada típicamente por la actitud hacia mí que demuestre el otro. Es típicamente una respuesta de espejo a las actitudes del otro” (Berger y Luckmann, 2003, pp. 45-46). Este encuentro cara a cara es el más real, dada la importancia que tiene el que otro ser esté a mi alcance.

En *Camino que anda*, Soto Aparicio (2011) revela la figura de Amanecer, quien, como si viajara en el tiempo, protagoniza tres relatos presentados en tres épocas distintas de América: la Precolombina, la Inquisición y el Mestizaje. La época actual ostenta la visión de un nuevo mundo que se debate entre la realeza de su momento y la destrucción que trae el conquistador. La visión de un mundo que se define por la defensa de las sanas costumbres, la purificación de las prácticas ancestrales por medio de la Inquisición y la búsqueda de lo identitario en el presente, al buscar en los lugares sagrados partes de ese pasado ancestral que se fue desdibujando lentamente. Con el pasar de los años está presente un interrogante del orden antropológico con la pregunta: ¿Qué es el hombre? Amanecer, en sus tres facetas, responde: el hombre es un camino que anda.

De acuerdo con lo anterior, lo que tiene importancia es la producción humana de signos. El lenguaje es el mayor sistema de signos de la humanidad y su fundamento reposa en la expresividad que posee el organismo humano, siempre y cuando supere la temporalidad del aquí y el ahora y se postule como vehículo de comunicación de significados. Como bien lo afirma Searle (2004), las estructuras de la mente, del lenguaje y de la sociedad encajan entre sí (p. 18). A la vez, el lenguaje es un elemento biosocial, no es externo, origina las instituciones sociales, tipifica experiencias, genera categorías y permite posibilidades elaboradas para acercarse a las diferentes objetivaciones que requiere el hombre al desarrollar su vida. El lenguaje es capaz de trascender totalmente la realidad de la vida cotidiana, dado que se puede referir a todo tipo de experiencias que correspondan a zonas limitadas de significado y acercarse a las zonas más aisladas de la cotidianidad: “Symbolism and symbolic language are essential constituents of the reality of everyday life, knowledge is transmitted from generation to generation through both primary and secondary socialization; and knowledge of reality is institutionalized within any given society and distributed differentially across roles” (Brabant, 2011, p. 223).

Así las cosas, los seres humanos usan el lenguaje para construir todo tipo de representaciones simbólicas que influyen en la vida cotidiana;

también para recuperar los símbolos y presentarlos de nuevo como objetos de la vida diaria.

En esta relación con mi propio ser y en la relación que se expresa con los demás (intersubjetividad), el hombre se manifiesta como un ser en interrelación en la sociedad como realidad objetiva. La producción de un orden social y cultural y la interferencia social que se produce durante toda la vida humana ponen de manifiesto que la relación no solo se da en términos de especie, sino que está determinada por la relación que se crea con el medio, con el ambiente natural. De acuerdo con lo anterior, Berger y Luckman (2003) afirman que el hombre construye su propia naturaleza, es decir, se produce a sí mismo (p. 66). La humanidad es variable desde el punto de vista sociocultural y dicha naturaleza quizá se ratifica en estas constantes antropológicas.

El proceso de producción se hace manifiesto en la adaptación que se da hacia los objetos como a las diferentes modalidades de expresión, pues en este desarrollo la interrelación con el ambiente es la posibilidad de formar el yo humano, mediado por el permanente desarrollo del organismo, con el proceso social significativo del ambiente natural y humano. “Esta autoproducción humana es siempre y por necesidad, una empresa social” (Berger y Luckmann, 2003, p. 70). El hombre es cuerpo, tiene uno y está a disposición suya.

Entonces, la sociedad se hace manifiesta como un producto que los hombres hacen juntos. De ahí la necesidad de la interrelación, porque un hombre aislado es incapaz de producir un ambiente. De manera que “la existencia humana se desarrolla empíricamente en un contexto de orden, dirección y estabilidad” (Berger y Luckmann, 2003, p. 70). En otras palabras, con un contexto, unos discursos y unas prácticas.

Al partir de la individualidad, se crea un orden social cuando, por apertura, el ser humano permite que los demás influyan el proceso de transformación hacia dicho orden, el cual se comprende como un producto humano de la actividad humana. Asimismo, se trata de dar un salto del *Homo sapiens* al *Homo socius*: “Tanto por su génesis (el orden social es el resultado de la actividad humana pasada) como por su existencia en cualquier momento del tiempo (el orden social solo existe en tanto que la actividad humana siga produciéndolo) es un producto humano” (Berger y Luckmann, 2003, p. 71).

Así que toda actividad humana está sujeta a la habituación, es decir, una acción que se realiza con frecuencia, que en su constante repetir va

restringiendo opciones. Este proceso de habituación, antecedido por el lenguaje, se convierte en la génesis de la institucionalización que surge como un aparato de registro de la historicidad humana y a la vez de control de dicho accionar. También, surge como medio de tipificación de las acciones habituales de los hombres y con la finalidad de sostener la historia como producto social en contra de la vivencia de lo fugaz, del instante, como una forma de ejercer control sobre el comportamiento humano. De modo que la sociedad se convertirá en el conglomerado de las diferentes instituciones en las que se hacen manifiestas colectividades que abarcan gran cantidad de personas con sus discursos, contextos y prácticas.

En medio de este engranaje, el lenguaje se manifiesta como el factor más importante: “el lenguaje es la institución social básica en el sentido de que todas las demás presuponen el lenguaje, pero el lenguaje no las presupone a ellas; ustedes pueden tener lenguaje sin tener dinero ni matrimonio, pero no al revés” (Searle, 1997, p. 75). Desde el lenguaje establecemos acuerdos, pactos y convenciones, condiciones necesarias para la conformación de las instituciones que, a su vez, conforman la sociedad.

Dado lo anterior, a lo largo de la obra de Soto Aparicio se encuentra una diversidad de formas del lenguaje que permiten la comprensión del mensaje que quiere transmitir con cada una de las historias que se narran mediante los personajes, en su mayoría mujeres, que desarrollan las tramas. El maestro colombiano considera que una historia contada por medio del sentir de una mujer podía transmitir el sentir de la naturaleza misma, las distintas vibraciones que agitan una historia, los detalles que tejen el drama de lo humano, la tensión que genera reconocer, por ejemplo, que la percepción acerca de la vida se debate entre su naturaleza errónea, incierta y a la vez maravillosa.

Igualmente, el proceso de objetivación correspondiente tiene capital importancia en la producción y construcción humana de manera externa: “el proceso por el que los productos externalizados de la actividad humana alcanzan el carácter de objetividad se llama objetivación” (Berger y Luckmann, 2003, p. 81). El mundo institucional se convierte en la actividad humana objetivada en la que el hombre, productor (puesto que cuenta con lenguaje), y el mundo social (su producto), se sostienen en una constante dialéctica, la cual se hace manifiesta por medio de tres momentos de la realidad social que van a caracterizar esencialmente el mundo: “la sociedad es un producto humano, la sociedad es una realidad objetiva. El hombre es

un producto social” (p. 82). Esta cuestión se puede evidenciar en *La rebelión de la ratas* (2003). Rudecindo Cristancho y su familia se desplazarán hacia Timbalí, donde, alrededor del carbón, podrán considerar de cerca el dolor y el sufrimiento humano, producto de otros seres humanos en nombre de dinámicas económicas que salvaguardan intereses de unos pocos, por encima del daño ecológico y colateral a sus congéneres.

Estos componentes de la realidad social y la dialéctica propia requieren la legitimación, lo que significa que el poder debe explicarse y justificarse. En esta necesidad surgen los mecanismos de control social, razón por la cual, por ejemplo, las instituciones reclaman el papel de la autoridad por encima del individuo para institucionalizar el comportamiento con el propósito de convertirlo en un elemento previsible y fácil de controlar. El papel de la institucionalidad se convertirá en un aparato de cohesión en el cual la espontaneidad y las opciones se ven reducidas bajo el peso de un comportamiento generalizado. Al respecto, Foucault (2003) da el ejemplo de la prisión:

Pero la evidencia de la prisión se funda también sobre su papel, supuesto o exigido, de aparato de transformar los individuos. ¿Cómo no sería la prisión inmediatamente aceptada, ya que no hace al encerrar, al corregir, al volver dócil, sino reproducir, aunque tenga que acentuarlos un poco, todos los mecanismos que se encuentran en el cuerpo social? La prisión: un cuartel un tanto estricto, una escuela sin indulgencia, un taller sombrío; pero, en el límite, nada de cualitativamente distinto. Este doble fundamento —jurídico-económico de una parte, técnico-disciplinario de otra— ha hecho aparecer la prisión como la forma más inmediata y más civilizada de todas las penas. Y es este doble funcionamiento el que le ha dado inmediatamente su solidez (p. 139).

Por otra parte, vale la pena interrogar estas concepciones y regímenes de verdad desde sus condiciones históricas de posibilidad para no simplemente aceptarlos, debido a que, según Jorge Eliécer Martínez (2010), la construcción de los discursos que conocemos ha sido impuesta de manera arbitraria (desde el conocimiento) y violenta (desde el poder).

En este contexto, los llamados roles juegan un papel importante, son tipos de actores en determinado contexto y residen en el proceso fundamental de habituación y objetivación de las instituciones. Los roles representan a las

instituciones y posibilitan la existencia de las mismas como una presencia real de individuos concretos: “La representación de una institución por roles y por medio de ellos es, pues, la representación por excelencia de la que dependen las otras” (Berger, y Luckmann, 2003, p. 97). Dicha representación reúne aspectos propios de la institucionalidad: el lenguaje, la verbalidad, la simbolización, la experiencia y los objetos que componen el mundo apoyados en un comportamiento humano real.

En este orden de ideas, la legitimación que comporta la institucionalidad y la presencia de los roles genera, en la construcción objetiva de la sociedad, integración, conciencia y comportamiento en los integrantes de la misma. Y el papel del rol en esta construcción:

[...] brinda a un sector específico el acopio total de conocimiento que posee la sociedad. No basta con aprender un rol para adquirir las rutinas de necesidad inmediata que requiere su desempeño externo, también hay que penetrar en las diversas capas cognitivas y aun afectivas del cuerpo del conocimiento que atañe a ese rol directa o indirectamente (Berger y Luckmann, 2003, p. 99).

Pero ¿en qué consiste la relación del rol con el conocimiento? El rol ejerce un papel de representación y mediación institucional, que se convierte en apéndice del conocimiento socialmente definido por la dialéctica esencial de la sociedad, la cual existe por conciencia de los individuos y por la conciencia individual que se determina socialmente. De este modo, el orden institucional depende del desempeño de los roles en los que media la relación del individuo con la colectividad desde el análisis de los mismos roles. Entonces, el lugar del conocimiento corresponde a un producto social y a un factor de cambio social.

Como se mencionó con antelación, la legitimación ratifica ese proceso de justificar y explicar la construcción objetiva de la sociedad. Aparece entonces la noción de universo simbólico, el cual obedece a un producto social con historia, que “también ordena la historia y ubica todos los acontecimientos colectivos dentro de una unidad coherente que incluye el pasado, el presente y el futuro” (Berger y Luckmann, 2003, p. 131). De naturaleza teórica, se origina en procesos de reflexión subjetiva, “los que, con la objetivación social, llevan al establecimiento de vínculos explícitos entre los temas significativos que arraigan en las diversas instituciones” (p. 133). En

cuanto a la formación de la sociedad como realidad subjetiva, este proceso se da por la internalización que el individuo hace de la sociedad, puesto que:

[...] no nace miembro de una sociedad: nace con una predisposición hacia la socialidad y luego llega a ser miembro de una sociedad [...]. El punto de partida de este proceso lo constituye la internalización: la aprehensión o interpretación inmediata de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa significado, o sea, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de otro que, en consecuencia, se vuelven subjetivamente significativos para mí (pp. 162-163).

Así las cosas, este proceso corresponde a la comprensión de sí mismo, de los semejantes y del mundo en cuanto realidad significativa y social. Se observa que en este proceso de construcción social se evidencia el papel del sujeto como productor del mundo y de las estructuras que tienen que ver con la construcción de la realidad social. Sin embargo, en el momento en que se hace explícito el proceso de objetivación, el individuo queda limitado por el proceso de producción de instituciones que suponen un peso de la autoridad propia por encima del sujeto. Desde esta lectura, se hace evidente que el sujeto como colectividad es pieza clave en la construcción social de la realidad.

Conclusiones: lenguaje, instituciones y construcción de la realidad

La realidad se construye e instituye (desde las instituciones) a partir de la colectividad, de lo social. En el juego de las prácticas y de los discursos de la sociedad, el ser humano no es como el personaje de ficción Robinson Crusoe, quien habitó desde la individualidad una isla, puesto que reside y comparte una extensión de tierra de forma colectiva con otros compañeros con los cuales intercambia el lenguaje y las acciones que realiza. Constantemente el hombre participa del juego de dar y pedir razones, como bien lo enuncia Brandom, al constituir instituciones.

Los hombres hacen parte de instituciones que han construido con el lenguaje, que a su vez conforman las representaciones del mundo. A su vez, estas representaciones edifican las instituciones. Es una relación recíproca

en la que el ser humano constantemente está en relación, desde el lenguaje, con su entorno. En otras palabras, el lenguaje se constituye por la realidad. Esto evidencia que la realidad tiene una estructura o, en palabras de Searle, una intencionalidad colectiva que genera identidad a la colectividad. Ahora bien, hay hechos que dependen de la colectividad (institucionales) y otros hechos que no dependen del acuerdo humano (brutos), como que el agua del mar sea salada o que las hojas de ciertos árboles sean verdes:

Hay porciones del mundo real, hechos objetivos en el mundo, que son hechos sólo merced al acuerdo humano. En un sentido, hay cosas que existen sólo porque creemos que existen. Estoy pensando en cosas como el dinero, la propiedad, los gobiernos y los matrimonios. Sin embargo, muchos hechos que tienen que ver con estas cosas son hechos “objetivos” en el sentido de que no son cuestión de mis preferencias o de las de ustedes, ni de mis valoraciones (o de las de ustedes), ni de mis actitudes morales (o de las de ustedes) (Searle, 1997, p. 21).

Aun así, aunque los hechos brutos no dependan de los acuerdos humanos, sí necesitan del lenguaje para poder enunciarlos y describirlos; que se tenga el significado del agua, del mar y de lo salado. Este texto enmarca los hechos institucionales, en tanto corresponden a la actividad humana. Por eso, el lenguaje es el factor más importante en la institución social, debido a que, por él, podemos relacionarnos y hay diferentes formas de instituciones y comportamientos que se han regularizado a partir de acuerdos, pactos y convenciones. Esta construcción de la realidad es lo que constituye a la sociedad. Para ejemplificar esto, en el cuerpo del texto se nombra a Foucault con los dispositivos de poder que produce el ser humano como aparatos de cohesión de la espontaneidad, desde las instituciones y los discursos.

Finalmente, el recorrido por la obra del escritor colombiano Fernando Soto Aparicio se convierte en la condición de posibilidad para comprender de cerca una serie de condiciones sociales que han definido buena parte de la realidad de este país durante al menos los últimos sesenta años: “Toda su obra tiene un norte, una preocupación constante por denunciar, mostrar y evidenciar las angustias y las preguntas del hombre de este continente” (Soto, Escobar y Pinzón, 2017, p. 133). Cada obra trata un problema distinto, pero la manera de contarlo, los protagonistas que lo relatan y los

escenarios retratados no solo revelan la actualidad y la vigencia de dicha problemática, sino que revelan las condiciones de lo individual y de lo colectivo, y las representaciones sociales que de allí surgen están mediadas por la producción de un lenguaje que revela los acontecimientos por medio de la situación que se relata en cada trama, lo que devela la construcción social que define la historia de Colombia en los últimos años. Desde esta unión del pensamiento con la literatura se ha podido ejemplarizar, pues, la temática de la construcción social de la realidad.

Referencias bibliográficas

- Austin, J. (1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Beriain, J. (1990). *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- Brabant, S. (2011). Death: The Ultimate Social Construction of Reality. *Omega*, 62(3), 221-242.
- Durkheim, E. (2001). *Las reglas del método*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Harré, R. (1982). *El ser social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martínez, J. E. (2010). *La universidad productora de productores: entre biopolítica y subjetividad*. Bogotá: Universidad de la Salle.
- Soto, C., Escobar, M. y Pinzón, J. (2017). Fernando Soto Aparicio, un hombre llamado Latinoamérica. *Revista Latinoamericana de Bioética*, 17(2), 132-155.
- Soto, F. (1993). *Solo el silencio grita*. Bogotá: Grijalbo.
- Soto, F. (2003). *La rebelión de las ratas*. Bogotá: Panamericana.
- Soto, F. (2010). *La agonía de una flor*. Bogotá: Atenea.
- Soto, F. (2013). *Hermano Hombre*. Bogotá: Atenea.
- Soto, F. (2014). *Los hijos del viento*. Bogotá: Atenea.
- Soto, F. (2015). *Camino que anda*. Bogotá: Panamericana.
- Soto, F. (2015). *La cuerda loca*. Bogotá: Atenea.
- Soto, F. (2016). *Los bienaventurados*. Bogotá: Atenea.
- Soto, F. (2018). *El espejo sombrío*. Bogotá: Atenea.

Searle, J. (1997). *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.

Searle, J. (2001). *Actos de habla*. Madrid: Cátedra.

Searle, J. (2004). *Mente, lenguaje y sociedad*. Madrid: Alianza Editorial.

Wittgenstein, L. (2004). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.